

**fruta del tiempo**

**D**ICE una noticia procedente de Nueva York que la Comisión Atlética de dicho Estado se ha reunido con la directiva del Madison Square Garden para concretar las medidas que deben adoptarse en evitación de los frecuentes incidentes que se producen en las veladas pugilísticas.

Edwin B. Doodley, presidente de la Comisión, ha señalado que piensa solicitar de la Legislatura que se considere ilegal y punible el «lanzamiento de cualquier objeto sobre el "ring"». Si la propuesta es aprobada y toma carácter oficial, se podrá proceder contra cualquier persona que sea acusada por varios testigos de llevar a cabo actos de violencia.

Para facilitar una campaña de «saneamiento de costumbres», en el Madison se van a colocar grandes carteles con «slogans» en varios idiomas, advirtiendo a los espectadores contra los peligros que encarrará, de ahora en adelante, el dejarse llevar por la pasión.

Además, en la reunión de referencia se adoptaron estas conclusiones:

1. Seleccionar a un ciudadano prominente para dirigirse a los aficionados del Garden y pedirles que observen una conducta ordenada y caballerosa.
2. Reforzar la vigilancia de todos los espectadores que acudan a las veladas por parte de la policía de seguridad.
3. Impedir la entrada a cualquier persona que porte objetos peligrosos susceptibles de ser lanzados al «ring».
4. Negar la admisión, como ya se había hecho anteriormente, de todo aquel que presente síntomas de embriaguez.

No hay que negar que la buena fe de estas conclusiones es inobjetable, aunque pequen de ingenuas. Si los tomates o los huevos podridos, armas hasta ahora preferidas del gamberrismo, pueden ser usados en el Garden, siempre queda la calderilla o las almohadillas como tumultuosos vehículos de la indignación. Por lo demás, no será cuestión de asignar a cada espectador un policía de vigilancia, porque, de ser así, la taquilla del Garden corre el riesgo de tener más espectadores gratuitos que de pago. En cuanto a la elección de un ciudadano prominente, capaz de dominar un escándalo, nos parece medida cándida e infantil. Cuando una masa de «hinchas» quiere poner a prueba sus pulmones y, de paso, su mala educación, la voz de ese «ciudadano prominente» va a ser como la gota de agua en el desierto. Aparte de temer por su inevitable ronquera y por el estallido de su paciencia, dudamos mucho que sus consejos lleguen siquiera a ser escuchados.

Durante el combate que libraron hace algunos meses, en Ciudad de Méjico, el puertorriqueño Carlos Ortiz y el mejicano «Sugar» Ramos, que dio lugar a uno de los mayores escándalos que recuerda la historia del boxeo, cualquier «ciudadano prominente» hubiese perecido en el tumulto. Si el presidente de la Comisión de Boxeo de Méjico, que debe ser hombre sensato y equilibrado, fue entonces capaz de subir al «ring» para desautorizar al árbitro y proclamar vencedor —y campeón del mundo— al púgil oficialmente batido, ya me dirán ustedes qué clase de educación hay que exigir de la masa para soportar, resignadamente, tales situaciones.

La formación deportiva del gran público no ha de buscarse en unos cuantos «slogans» publicitarios ni en conseguir la elección de un patriarca que domine, con su apariencia o autoridad, a una afición enardecida. Esa formación hay que conseguirla mediante una pedagogía de gran alcance y amplitud. Si el espectador no ha sido practicante es, por lo demás, dudoso que alcance a asimilar los postulados y virtudes que se inculcan en el deportista joven (aunque con frecuencia se olviden después). Lo ideal sería que los aficionados pasivos hubiesen sido antes elementos activos en cualquier disciplina. Sólo el deporte puede perfilar o, mejor dicho, pulir los defectos derivados de la excesiva pasión o de la ceguera absoluta. Las medidas del Garden están así destinadas al fracaso absoluto, porque ni el castigo de la Ley es suficiente, como ya se ha probado en otros países y en otras disciplinas, para frenar las riadas de malhumor del gamberrismo. Ciertamente no hay que censurar unos propósitos influidos por la buena voluntad, pero habría que recomendar a los directivos neoyorquinos fuésen más realistas y no vilaran entre las nubes de unas teorías que van a quedar hechas trizas a las primeras de cambio. O ya lo verán ustedes.

J. J. CASTILLO

# Chesterfield con filtro

Alguien  
tenía que  
poner  
verdadero  
sabor en un  
cigarrillo  
con filtro.

Lo hizo  
Chesterfield.



Un producto de Liggett & Myers importado directamente de U.S.A.